

Síntesis que se resuelve en la tesis de persona como vocación, entendiendo por tal no la conciencia, ni el yo, ni el sujeto histórico que se objetiva en la convivencia con los otros, sino aquello que cada uno, más allá de lo que quiere ser -o le dejan ser-, *tiene que ser*. Maillard rastrea este centro en el análisis de «los lugares» y «los rostros» («Perfil biográfico...», pp. 236 y ss.). Los primeros aluden a espacios autobiográficos, casi siempre asociados a una edad y una luz: así, la luz transparente de su Vélez-Málaga natal, a orillas del Mediterráneo; la claridad de Segovia, ciudad de su aprendizaje; o el azul implacable del cielo de Madrid, en donde la peripecia vital de Zambrano topa con la Historia -con mayúsculas...- Maillard termina su enumeración de lugares con el no-lugar del exilio, el lugar, valga la paradoja, más asiduamente habitado por María.

Y de rostros, se evocan los de su padre, Blas Zambrano; de las sombras paternas que representaron Antonio Machado y Unamuno o el rostro del magisterio que a través de rupturas y distancias sería siempre el de José Ortega y Gasset. Junto a éstos los de las mujeres de su vida: su madre y su hermana Araceli.

Lugares y rostros componen la melodía de la vocación zambrana, análisis con que termina el libro.

Me ha interesado especialmente la exposición que hace la autora en varios lugares, siguiendo su esquema de círculos concéntricos, del análisis del tiempo. Creo que Husserl, Heidegger y Ortega han arrinconado tan delicado asunto hasta el límite de lo que puede dar de sí la razón discursiva. Las distinciones añadidas por Zambrano de un tiempo «latido» y un tiempo «dádiva» al tiempo histórico de la conciencia abren una nueva dimensión a este problema, del que San Agustín dijo que lo comprendía cuando no lo pensaba, pero que cuando lo pensaba no lo entendía. «Lo que a Zambrano le interesa subrayar -escribe Maillard- es la posibilidad de un tiempo creador que sea, además, camino de vida» (p. 148). Convergen en un único bastidor simbólico-conceptual las formas del tiempo con las formas históricas de la vida humana, con los géneros literarios y con las dimensiones vitales del ser humano. A estas convergencias alude el término de «participación» que figura en el título del estudio. En efecto, la palabra es el instrumento privilegiado de participación del hombre en lo real, en el mundo y en sí mismo, aquello mediante lo que se trasciende de su condición animal dada y se convierte en *persona*:

La palabra existe porque el hombre tiene la vocación de la transparencia, aunque no la logre, transparencia que es mani-

festación y en su grado más alto revelación; y es este mismo deseo, esta necesidad que surge de un «sentirse» en el origen lo que justifica en última instancia su ser (p. 29).

Cuando el lector llegue a la última página habrá dejado atrás no sólo un buen intento de establecer las líneas principales de la reflexión zambrana sobre el tema, tan delicado como actual, de las relaciones entre filosofía y literatura, sino que habrá visto que muchos de los motivos de investigación que más preocupan a los grandes filósofos del siglo xx -de las relaciones entre tiempo y conciencia a la crisis de Europa y de su modernidad- tienen su asiento y su luz en la obra de Zambrano. Es verdad que, como Maillard subraya enérgicamente, Zambrano da un paso hermenéutico de graves consecuencias para el diálogo con la tradición filosófica, incluida la más próxima a ella: el paso de la metáfora al símbolo o, si se prefiere, el abandono de la última forma de razón discursivo-perspectivista, la vital o histórica de Ortega, hacia su razón poética. Pero lo decisivo aquí son los problemas, es decir, la forma en que se reformulan los interrogantes esenciales. Y para interrogar y esperar acaso el símbolo sea más incisivo y decisivo que el concepto.-JOSE LASAGA MEDINA.

## La lectura, un proceso en el orden de lo efímero

GUGLIELMO CAVALLO y ROGER CHARTIER (dirs.): *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus, 1998.

En los últimos tiempos hablar de la lectura y la recepción parece haberse puesto de moda. Pero, como decía Barthes, en este caso la moda no se debe a una lucha efímera contra el «presente vengador», sino a una confluencia de distintas líneas de investigación, de miradas dirigidas desde distintos puntos de vista sobre un objeto que está en el orden de lo efímero: la lectura.

Los problemas que plantea el hecho lector se inscriben dentro del mismo ámbito de la interpretación en general. Sin embargo, un

tema que parecía pertenecer a la hermenéutica o la semiótica es ahora centro de interés para los historiadores de la literatura, que han cambiado sus presupuestos epistemológicos y sus métodos de trabajo aceptando que la recepción y la pragmática son puntos de partida fundamentales para analizar no sólo lo que ha pasado, sino lo que puede ocurrir con los textos. La lectura se convierte así en una práctica que tiene que ver no sólo con lo mental, con lo «intelectual», sino con una serie de prácticas que se encarnan en unos espacios concretos, en unos hábitos, en unas competencias de lectura y, en definitiva, en el reconocimiento de que la lectura no sólo es cuestión de género o de cuantificación, sino que tiene que ver con los modos concretos en que comunidades e individuos se apropiaban de los textos de que disponen en cada época.

El libro de Cavallo y Chartier tiene el gran mérito de ser la primera recopilación ambiciosa de trabajos sobre la lectura, abarcando los grandes periodos históricos de Occidente desde la Grecia arcaica y clásica hasta el momento actual. Se trata de estudios rigurosos que proporcionan datos e interpretaciones y dejan claro que los textos escritos no son simples enunciados porque su significación depende de la forma en que se den a leer en una época concreta. La lectura no es una abstracción, sino un proceso, un cambio continuo de perspectivas sometidas a variación histórica y capaz de modificar pensamientos y sensibilidades en cada época. El estudio de los procesos de lectura, desde este punto de vista, puede hablarnos de las formas en que el poder, las clases sociales o los grupos humanos se van transformando a través del tiempo.

A pesar de que estos trabajos analizan de un modo cronológico las prácticas de lectura encarnadas en diferentes objetos, en ciertos hábitos, en gestos y espacios cambiantes, todos parecen coincidir en dos líneas fundamentales: la reflexión sobre el desarrollo de la lectura silenciosa, y la coexistencia de lo oral y lo escrito a lo largo de los siglos. El lector en la Grecia clásica era un simple instrumento en función de un texto que necesitaba de sonorización porque sus destinatarios no eran los propios lectores, sino los «oyentes». En Roma, el desarrollo de la lectura silenciosa da un paso más al convertirse en una ocasión de *otium* señorial, una lectura hecha por *voluptas* y no por *utilitas* (Cicerón). Aparece así un auténtico público lector que reclama un libro más manejable: el códex. A partir del siglo VI, a pesar del retroceso en la alfabetización, va creciendo en importancia la lectura silenciosa a la vez que los textos se estructuran, se ordenan y clarifican en su forma con in-

dices, separación entre palabras, títulos, etc. Con la invención de la imprenta la producción de los libros se dispara, pero al mismo tiempo se desarrollan también los sistemas de control: los índices de libros prohibidos, la restricción de la lectura individual y silenciosa de textos bíblicos y la desconfianza de la «alta cultura» frente a la literatura de ficción. Pero, en todo caso, en la Modernidad la difusión de textos y la lectura silenciosa fueron fundamentales en la formación de conceptos propios de la era burguesa como «subjetividad» o «sujeto». La lectura poco a poco va a tener un poder emancipatorio, generando la complicidad emocional escritor-lector, a la vez que convierte a los individuos en miembros de la sociedad. El segundo tema que recorre estos trabajos es el de oralidad *vs.* lectura silenciosa, dos formas de acercarse a los textos que coexistirán a través de los siglos. Desde el teatro griego, que se consolida como una forma de «escritura vocal», pasando por las lecturas *cantadas*, que suponían una especie de *performance* en Roma, por las lecturas en las Universidades, la reivindicación de la tradición oral hecha por la Contrarreforma, ya desde el Renacimiento queda clara la coexistencia de géneros para leer en voz baja, como villancicos, romances, poemas épicos, etc, con otros apropiados para la lectura en voz alta, como la comedia humanística, las novelas cortas, pastoriles, etc. En la actualidad, pese a haberse consolidado la lectura silenciosa como la forma más propia de acercarse a los textos, sin duda las nuevas tecnologías de la información plantean disyuntivas similares, ahora transformadas en cultura de la imagen y la tradición escrita.

Ambas líneas de investigación planteadas por estos autores, que no se pueden separar una de la otra, conectan con nuestra preocupación actual sobre el futuro de los libros y la cultura escrita. Italo Calvino, en *Lecciones americanas*, decía que una de las características del milenio que termina es precisamente el hecho de haberse formado una cultura del libro. También en este trabajo la pregunta que queda en el aire es qué puede ocurrir con la cultura escrita en un mundo desigual donde se da un lento crecimiento del porcentaje de alfabetización, pero donde el número de analfabetos es cada vez mayor; un mundo de grandes diferencias donde crece la producción de libros, pero en el que una parte importante de los seres humanos pasan a ser usuarios de la cultura de la imagen sin haber pasado por la cultura del libro; un mundo en el que lo escrito va perdiendo la aureola de autoridad que ha tenido durante siglos, y los libros se convierten en un objeto más de consumo.—ASUN BERNARDEZ RODAL.